

Valores sociales y dependencia


 POR JOSÉ RAMÓN DÍEZ COLLADO

RECIENTEMENTE se ha publicado la noticia de la presentación por parte de las Naciones Unidas (División de Población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales) de una serie de datos sobre las implicaciones socioeconómicas del envejecimiento de la población; por ejemplo, que en el ámbito mundial, para el año 2050, la cifra de personas mayores de 60 años superará a la de niños por primera vez al alcanzar el 32% de la población mundial, que dentro de 35 años España será el Estado con mayor población anciana, y que actualmente Europa es la zona con la población más envejecida, con un 21% de mayores y un 15% de niños.

Todo ello a futuro, suponiendo que se cumplan las previsiones, las cuales no dejan de ser proyecciones demográficas basadas en tendencias actuales que pueden llegar a cambiar; como en el caso de Francia, que de ser un Estado con excesiva población de mayores ha pasado a ser el europeo de mayor tasa de nacimientos por mujer, lo cual ha sido posible por los cambios de mentalidad y de ciertos valores sociales. Y al hilo del Informe sobre la Carta de Derechos del Mayor que presentó la anterior Defensora del Pueblo de Navarra, en el que se echaba en falta un plan de prevención de la dependencia basado en el respeto, la autonomía, la asistencia, la participación y la autorrealización, el cambio de rumbo francés resulta en cierto modo alentador para quienes también pregonamos ese plan que suponga el remedio, al menos en gran parte, frente a la mentalidad y los valores actuales respecto a la senectud, que no llevan consigo más que problemas de soledad, discriminación, dependencia, insignificante protagonismo social, maltratos y escasez de atención y cuidados del mayor.

La prenatal, la niñez, la adolescencia, la juventud, la adultez y la ancianidad son las etapas del desarrollo humano, cada una con sus características especiales, si bien a la etapa final se llega con el carácter y el estilo de vida labrados en las anteriores. La vida progresa a través de esas etapas al fundirse gradualmente una en la siguiente por la influencia de diversos factores individuales, sociales y culturales; todas ellas son importantes, pero en la adquisición de valores y en la formación de la personalidad unas intervienen más que otras. Desde el estado psíquico elemental y difuso de la etapa prenatal, en la que comienza a gestarse la futura personalidad, hasta la adolescencia, los procesos de desarrollo físico y motor, cognoscitivo, afectivo, sexual, social, tendencial, religioso y motivacional se suceden unos a otros con inusitada rapidez. Tal es así que en el comportamiento adolescente ya se perciben la conciencia de pertenencia a una clase social, la búsqueda de estatus en el grupo de compañeros de la misma edad, la amistad, la sinceridad, el altruismo, la frustración, la delicadeza, el poder, la emancipación familiar, el riesgo, la seguridad y los conflictos; los sentimientos de honor, dignidad, sinceridad, valentía y lealtad son los valores preferidos por el adolescente, pues representan para él el compromiso de todo su ser en la búsqueda de la imagen ideal de sí mismo. La adolescencia es la edad de los ideales, entendiéndolo como ideal el sistema de valores al que el adolescente, dependiendo de la formación recibida, tiende y trata de conquistar para sí y para los demás; es, pues, una etapa fundamental para modelar la personalidad y el comportamiento futuro, para conformar en sus valores preferidos un estilo de vida que permita asumir con la mayor autonomía posible la ancianidad.

Para los psicoterapeutas (por ejemplo, Giuseppe Sovernigo), un factor fundamental en la construcción de la personalidad en evolución es la experiencia en el proyecto de vida particular y cuya consecuencia va a ser el estilo de vida personal. El niño, el adolescente y el joven se interrogan continuamente y en este escrutarse van descubriendo los valores más atractivos y por los que merece la pena vivir; poco a poco van adquiriendo un sistema de valores ordenados unos respecto a otros, formando de este modo el proyecto que da sentido a la vida y le implica en múltiples situaciones de la existencia. En condiciones normales, el proyecto de vida no se construye arbitrariamente, sino sobre la base de la realidad objetiva y la propia experiencia; está presente a lo largo del desarrollo personal con distintos tonos y funciones, tal es así que el de los 13 años, por ejemplo, no es el mismo que el de los 18, pero el de esta edad sí es la continuidad de aquel con los elementos reorganizados. El proyecto de vida, en definitiva, expresa la personalidad del yo actual y la del yo que se tiende a ser, el papel social que se quiere desempeñar; su significado psicológico es trascendental para el futuro, dado que es el centro de integración personal en cuanto que representa el sentido de la existencia, indica la medida de las aspiraciones y constituye un principio de autonomía y libertad interior. Y en el proyecto de vida la formación y la orientación positivas del adolescente resultan de gran importancia.

Si no como el remedio que vaya a solucionar la dependencia de los mayores, sí al menos como un recurso inicial para facilitar proyectos de vida acordes con la realidad objetiva y las propias experiencias, habrá que ir pensando en eliminar gran parte de la enorme cantidad de estímulos y exigencias con que nos bombardea la sociedad actual y que, como dice el filósofo Javier Sádaba, no hacen más que robarnos la intimidad de nuestro propio tiempo para pensar e interrogarnos, a la vez que nos alejan de nuestros grupos afines y nos llevan al individualismo y a la dejación de las propias responsabilidades, generándonos en ocasiones sensaciones de angustia o estrés interior.